



ALZADAS LAS MANOS

texto
Ramiro García Morete

Las manos de todos los negros arriba y arriba. La frase, austera en su apariencia sonora e irrefutablemente rítmica, trasciende el gesto de arenga. Poderosa y sintética, se erige como una consigna que cobija la más esencial de las reivindicaciones: aquí estamos, estos somos. Ante la invocación de un líder pagano, cuyo orgulloso pechito argentino grita con tinta "100% negro cumbiero", cientos de personas celebran y responden al rito alzando sus manos, diciendo presente. Como si de una versión criolla y conurbana del célebre "Say it loud: I'm black and I'm proud" de James Brown ("Decilo fuerte: soy negro y estoy orgulloso") se tratara. Son los negros, esos que la historia quiso relegar a las sombras, al desprecio, una y mil veces: los esclavos, erradicados violentamente del ADN nacional, los indígenas masacrados, los "cabecita negra", el aluvión zoológico, los bolitas, los

paraguas, los villeros, los cabeza. Son los negros, sean blancos, rojos o amarillos, negros, esa afrenta a la comfortable idiosincrasia y los patrones estéticos de las clases medias y altas. Entonces, a pesar de ser la clase trabajadora, se los convierte en la representación de la vagancia. Y a pesar del complejo y apasionante tejido de lenguajes musicales y culturales que generaron a lo largo de décadas, esas expresiones siguen siendo subestimadas por gran parte de la sociedad, aunque en su fuero íntimo seduzca sus oídos y su pies con culposa tentación. Es tan así que, durante una grabación, un mítico músico escuchará de la soberbia boca de un técnico: "¿A vos te parece que el negro, con dos cervezas encima, se va a fijar?". Y Juan Carlos Denis, el artista en cuestión, le responde: "¡Mirá que el negro escucha más de lo que vos pensás! El tiempo me ha dado la razón. Me ha marcado cien

detalles. ¡Cómo escucha el negro!".

El negro no sólo escucha, sino que dice. Y lo dice con tanta pasión, convicción, tradición y musicalidad, que el resto —los que se creen blancos— ya no puede dejar de escucharlo. La cumbia y los ritmos tropicales son dos de las manifestaciones más presentes y a la vez negadas en la historia cultural argentina. Con criterio pero sin ambiciones desmedidas, *Familias Musicales* no sólo ve las manos levantadas, sino que las estrecha y se presenta al baile o al paseo que le propongan. Sobre una idea del realizador Martín Roisi, con textos y entrevistas del periodista Mariano Del Águila, y con la producción de Spin Conectora, el libro construye a través de reportajes, retratos, pinturas de artistas y un CD, una experiencia vivencial sobre un fenómeno que va más allá de lo musical. Habita en el estruendo fluorescente que viste la pared ajada, en el güiro que cabalga y pene-



Vox populi

Cada fin de semana, las bailantas explotan, alto poder de convocatoria e identificación popular.

Tan ninguneados como masivamente escuchados, los ritmos tropicales brotan de cada rincón del país tejiendo un mapa sonoro alterno: el de la Argentina cabeza. **Familias musicales**, un libro con *soundtrack* incluido, propone un viaje a través de la genealogía, la diversidad, los lenguajes y las rupturas de esos géneros amuchados en la etiqueta cumbia.

tra la siesta estival, en el querendón arpegio con chorus que atraviesa desde las cortinas de plásticos de una despensa, en el endeble tinglado que anima el baile, en el retumbante sopor de los colmados galpones, en el golpe bajo del auto tuneado, en los pepés y las llantas, en la combi y las bandanas, en la fiesta de quince de la niña rica, en los pabellones o en los brechas. Pero ¿cómo evitar el abordaje de corte seudo antropológico? ¿Cómo remitir a manifestaciones populares sin asemejarse a un demagogo, a un snob o a un reaccionario? En principio, asumiendo que nadie tiene la coreografía completa en la cabeza, que hay que saber acompañar el ritmo siendo consciente del lugar que se tiene en la pista y que si se está en el baile, hay que bailar... pero sin pisar al otro. *Familias musicales* lo entiende y se mueve a ese compás.

Cumbieritos estudiantes

Mariano Del Águila es conocido también como Sonido Campeón, mote con el cual sabe combinar las ropas de *selektor* con universos como el del boxeo. En un bar de Constitución, cuenta cómo nació este proyecto: "Desde hace años, Martín Roizi está cerca de toda la cultura marginal que brota de las villas o de las escenas cumbieras. Lo

suyo comenzó por una cuestión musical. Un día fue a ver a Damas Gratis al Luna Park. Al otro día Pablo Lescano –líder del grupo– cumplía años e invitó a la gente. Él no lo podía creer: '¡va a tocar en la calle después de este show en el Luna Park!' Y se fue con su hijo desde Caballito hasta Don Torcuato, Carupá. Había un tinglado, Lescano tocando y... fue un momento de shock. Martín es músico y viene hace rato palpando toda la riqueza que hay detrás del prejuicio: la música, la producción de arte y fotografía que hay en la villa. Y comenzó a apuntalar cuestiones con distintos acercamientos, entre ellos un taller de foto en la villa 20 de Don Torcuato", explica Del Águila. "En 2010, presenté un

proyecto a la Fundación Prince Claus de Holanda para hacer 24 murales elegidos por los vecinos de ese barrio. Y se envalentonó con este proyecto, que era rastrear la cumbia desde las raíces locales. Me invitó a participar y lo tomé como un desafío muy rico e interesante. Viajar y conocer."

Y ese viaje, como se dijo, tiene una cadencia menos rigurosa o cientificista pero no por eso menos verdadera. "Es un viaje más subjetivo. Jugamos con la idea de manual de estudio, presentándolo por capítulos, con una estructura bastante rígida, títulos, portada", cuenta el periodista. "Pero queríamos verlo desde una óptica más humana. De hecho, empezamos hablando con gente de

El género nació en Colombia pero Argentina le dio una forma propia ... y lo multiplicó. El libro Familias musicales aborda el nacimiento de algunas de esas variantes cumbieras

la villa 20, pensando qué géneros los representan a ellos, qué suena en el barrio. Y por otro lado, hoy cada uno de estos grupos tiene esta cuestión de que está compuesto por familias. Lescano canta con su hermana, Denis con su hijo, La Mona también."

Con lucidez y suficiencia, un escritor irlandés supo sentenciar: "Baila primero. Piensa después. Es el orden natural". Pero existe otra condición inherente al ser humano: el pensamiento. Y detrás de esos sonidos adhesivos y cautivantes, habitan lenguajes, estructuras, tradiciones, formas y rupturas. "A mí me gusta mucho la música por la cuestión del baile. Me encanta ir a bailar", dice Del Águila. "Después se dio que mi primer trabajo periodístico fue una nota sobre boxeo y descubrí que era un lugar donde estos ritmos están presentes de una manera muy naturalizada. No soy antropólogo ni psicólogo. Se han escrito un par de libros y están un poco en ese tren de 'bueno, hay algo interesante... hay algo más': ¡Sí, obvio, que hay algo más: hay un montón más! Históricamente se podría hacer un laburo de investigación, sobre todo acerca de los primeros que trajeron la cumbia desde Colombia para acá y todo eso".

Para este proyecto, Del Águila narra: "Primero fuimos a los géneros más populares, dentro de su mestizaje. Porque la cumbia es un género que va bajando por Sudamérica y va mestizándose como por napas de tierra, se va mezclando, cada músico le pone su impronta. Lo que nos interesaba en ese sentido era ir al minuto cero del género. A la cumbia villera la diseñó Lescano, sin dudas: él compuso para el primer grupo del género; Juan Carlos Denis es el que decide cambiar el acordeón por la guitarra, eso lo convierte en un momento cero y nace la cumbia santafecina. La Mona Jiménez es el antes y después del cuarteto, y en la guaracha el ídolo indiscutido es Koli Arce. Es a ellos a quienes elegimos".

Cumbia en mi tierra

Se habla de cumbia pero, claro está, hay una impronta que la distingue visiblemente de la original. Es tan difícil definir la identidad de una sociedad como de un movimiento cultural. Al menos si no se lo concibe como una masa uniforme y homogénea, como por supuesto no es. Proceso dinámico en constante transformación, la llamada cumbia argentina va desde la cadencia dulce hasta el *beat* agitador, desde las guitarras sutiles hasta los teclados sintéticos. Como buen folklore, cada área geográfica parece tener su propia lectura. Sin embargo, Del Águila se anima a afirmar que "hay una cumbia argentina. Podría decirse que habla varios dialectos, porque está hecha de varios componentes como el argentino mismo, que viene de distintos lugares. No hay una sola cumbia: tiene elementos de todo. Se empezó a hablar de ella hace como cuarenta años, pero propiamente argentina no sé, porque



Ritmo y color
A su alrededor, estos ritmos erigen un nutrido circuito de artistas, locales y compañías, un rico y poderoso imaginario visual.



Cuestión de piel
El cuarteto también carga en su espalda una historia de perseguidos y de estigmatización.



Héroe
En la mitad de los 70,
Juan Carlos Denis
enchufó la Fender
Strato y dio a luz 220 la
cumbia santafecina.

Por complejidad y tradición los ritmos tropicales forman parte del folklore argentino sin legitimación oficial

antes quizá se emulaba más lo de afuera. No sucede con los géneros tropicales nacionales (algo que de por sí suena raro): el cuarteto claramente es género en Córdoba, la identidad que le pone Koli es Santiago y la villeras, el conurbano”.

Indagando con mayor profundidad o sencillamente apreciándolo *in situ*, los ritmos tropicales se revelan –para aquellos distraídos– como ricos y ejecutados con oficio y jerarquía: “Salgamos de la cumbia hecha con *playback*, algo que también le pasa al pop y es legitimado por diarios, radios y tele día a día. La cumbia se legitima cada fin de semana, haciendo cinco shows por noche tratando de sonar como una banda de calidad en vivo. Porque hay músicos que son muy buenos intérpretes. Cuando vos vas a ver un show, tiene un sonido de folklore. Y los músicos hacen sus variaciones, sus tiempos en vivo, su show aceitado. No es algo de nicho y de moda. Uno puede tener un hit de moda y desaparecer, estos son artistas que perduran”.

Familias musicales rescata también la diversidad y la riqueza que la cumbia posee desde la lírica. “La Mona es claramente el que reivindica lo barrial, tiene la juega

(¿Quién se ha tomado todo el vino?) y la pertenencia (*Muchacho de barrio*). En la época de la dictadura era el que representaba tanto a los estudiantes como a los obreros sin tener que estar parado en ningún lado; era sencillamente un artista del pueblo”, precisa Del Águila. “Koli le canta a la vida cotidiana conyugal y al brindis, también muy presente. El tipo tenía un imán, hombres y mujeres se sentían identificados. Y Denis es interesante porque usaba melodías de temas norteamericanos y por asociación libre sacaba letras, que creía que hablaban de tal o cual cosa. Claramente, Lescano capturó todo lo que estaba alrededor de él y logró su propia picaresca villera”, observa Del Águila.

“En las cosas más bajas y oscuras, siempre, siempre hay algo que canta”, escribió Emerson. El caso de Lescano se advierte como uno de los más interesantes porque además de diseñar un sonido, construyó una poética decididamente local con un vocabulario propio que aborda con irreverencia e ingenio asuntos que van desde la política (*Industria argentina*) hasta el gatillo fácil y la corrupción policial (*Poli en acción*), las drogas (*Quiero vitamina*) y las diferencias

sociales (“Super cheto”) hasta la referencia sexual más directa (“Sin bombacha”) o el romance. La prohibición de aire que recayó sobre la cumbia villera en gran parte de los medios allá por 2002, despierta una inquietud: ¿qué hubiera sucedido si el fenómeno de la cumbia villera se hubiera propagado? ¿Se hubiera desarrollado una lírica que combinara la crónica y los retratos sociales con otras voces poéticas? “No sé cuando más podría hacerse desde las letras en la cumbia. No sé si hubiera despegado tanto”, aventura Del Águila. “Creo que se ha filtrado más el universo cumbiero a la poesía actual, a la producción joven, que al revés. Porque el público cumbiero no tiene muchos puntos de contacto con otros universos... no creo que el género tenga tanto espacio para absorber. Ojalá que aparezca un cruce interesante”.

No quiero que me paren

Un elemento que sí atraviesa a todo el universo cumbiero es la estigmatización. Y en cierto modo, eso deviene en persecución: “El hijo de la Mona habla de cómo lo perseguían al padre y a la gente. Leí un par de libros sobre la Mona donde la gendarmería maltrataba mucho al público. El público de la cumbia villera está marcado por portación de gorra y de visera”. ¿Genera eso –entendiblemente, quizá– cierto recelo, hermetismo, distancia, desde la cumbia hacia otros ámbitos? “Yo creo que están muy acostumbrados a este acercamiento *touch and go* que uno tiene. Llegan periodistas interesados en la movida, pero son muy pocos los que están en el día a día. Y lo que puedo decir es que nunca me sentí incomodo en una bailanta o en un cuarteto. Todas las personas que se coparon para ser entrevistadas han sido muy accesibles”.

Conscientes de lo inabarcable de un movimiento tan amplio, quedan afuera del libro sonidos como la cumbia digital, el cumbiatón y demás. Pero esas voces del presente y del futuro más próximos quedan tácitamente incluidas a través de una premisa que atraviesa el proyecto: la de un linaje vivo. Como una familia, por cierto. Esa familia que puede bien llamarse cumbia argentina o que “terminamos definiendo como nuestros ritmos tropicales” y es esencialmente “una cultura, un elemento presente en la vida de la gente, que va pasando como un legado familiar, tanto para a los músicos como para el público”.

Y a medida que ese legado crece, se evidencia más que el disparador y el núcleo es la música, al margen de todo cotejo pretendidamente social. No porque no le incumba, sino porque nuestros ritmos tropicales –sin por eso perder valor social– merecen ser contemplados como lenguajes ricos en sí mismos, como sucede con el rock o el folklore: música en la que cada nota tiene un sentido, en el que no hay negro ni blanco sino mil colores, mezclados y en movimiento, conviviendo en la misma paleta. En definitiva, así funciona un pueblo; en definitiva, todos somos familia.